

V E N D I M I A

TARDE de Septiembre, azul y dorada...
¡Canta la vendimia su alegre tonadal

Cruza una mocica, cadenciosa, tarda,
la cara muy roja, la saya muy parda,
el asno a la vera, la mano en la albarda
y en el pensamiento,
una larga historia de enamoramiento.

Una pelirrubia coqueta y guña
entre el lujurioso verdor de la viña,
y su limpia risa sube entre cantares
augurando un pronto caer de azahares
entre el gris de plata de los olivares.
¡Fragante dosel
con ramos de olivo, de vid y laurell

Alzan las zagalas el alegre coro;
transparenta el aire los racimos de orol...
Agudas malicias, fuertes apetitos
entre risas claras y nerviosos gritos
como en los antiguos y sagrados ritos.
¡Fuertes tentaciones
acosan los rudos y recios varones!

Vendimia, Septiembre, sol y algarabía
gayos colorines y sana alegría.
Brillo en las miradas, sudor en las frentes,
temblor en los duros músculos potentes,
cansancio, canción...

El gran don Francisco de Goya y Lucientes
la pintó en un claro, preclaro cartón.

F. MARTÍNEZ CORBALÁN

UNA VELADA EN CASA DE SOLANA

LA portera se ha muerto de una pulmonía que adquirió en una cola del pan, como si la hubiesen dado una libreta para el otro mundo. Ella en el delirio gritaba que la había pegado un guardia y que por eso se moría.

La media puerta cerrada en casa de Solana es algo más tetrico que en otra casa y más ahora que en casi todas se cierra la media puerta de hierro y de cristal que casi no pone tristeza ni sombra en el portal. Como es una casa de solo un piso sobre el bajo, corrompe la alegría de toda la casa la media puerta cerrada, pues sólo hay dos vecinos que soporten esa responsabilidad y ese dolor. Pero siempre pasan más pronto de lo que se espera esos días de media puerta cerrada.

Montada en alto como las Salesas, colocada sobre un pedestal esta casa de Solana, hay que subir primero la escalinata de piedra y después la escalera. Buena casa para las inundaciones y para encastillarse en ella.

La hija de la portera, aún en el novenario, reza leyendo un libro forrado con tela de sotana. Cierra detrás de mí la puerta, porque la casa de Solana se cierra a las nueve y media de la noche y yo ya llego tarde porque no he encontrado ningún 18, ese tranvía del Obelisco que escapa a correr en cuanto hay alguien que aspira a cogerlo.

De casa de Solana, siempre que se necesita un periódico tiene que bajar la criada con la llave en la mano y siempre parece que es la noche la de uno de esos grandes días en que los periódicos salen más tarde de lo debido para pescar más del gran suceso.

Yo conocía mucho a esta portera muy pobre, con unos ojillos muy alegres con los que me quería decir: «Que conste que yo también le conozco y le veo como le podría ver cualquiera.» Aquella pobre vieja consumida

cuidaba numerosas macetas en tiestos mellados que colocaba en el pretil de ese malecón que defiende la casa de Solana. Una vez la llevaron al hospital en una camilla, temiendo que se muriese en el camino, pero ella al sentirse en el hospital se desconsoló tanto, hizo tan gran esfuerzo por mantenerse firme, se negó de tal modo a quedarse, que la dejaron marchar y llegó sola a su casa después de más de hora y media de camino, ya cuando habían cerrado el portal. ¿No volverá del hospital de la muerte haciendo el mismo gran esfuerzo y apoyándose en las paredes de los pasillos de la muerte?

Hay que apretar el paso por esta escalera en la que hay además, aprovechando los vanos, puertecitas que dan a alcobas de la familia de la portera, habiendo en el hueco de los ascensores una especie de losa inclinada, con un cristal, techo de una especie de nicho en que antes dormía la portera. ¿No habrá notado la diferencia aunque el otro féretro tenga menos luz!

La mirilla del piso de Solana es un trébol de cuatro cristales, un perfecto trébol de hojas separadas. En lápiz, debajo del timbre, hay escrito un nombre de mujer: «Carmen». Siempre que voy a llamar me encuentro con ese nombre que se podría sospechar que yo he escrito.

Al poco rato de tocar el timbre veo recorrer el largo pasillo atestado de cuadros—de tan bien como conozco esa casa yo veo en vez de oír, los pasos de la muchacha por el pasillo.

—¿Están?

—Sí, pase.

Don José me espera ya en el pasillo grande, en la boca el cigarro con guías negras como un pedazo de bigote.

Voy a cenar con ellos para festejar la

aparición de su gran libro la «España Negra». La mesa de comer, en vez de estar en el comedor como otras veces, está en la sala, bajo la araña de brazos descotados, es decir, de brazos de cristal sin los recargados encajes de cristal de otras arañas. Con la decoración de cuadros, tallas, vitrinas, consolas y armarios de sacristía, esa mesa toma un aspecto de gran solemnidad como de cena de aparecidos.

—¿Tienen ustedes preparado el truco del comendador en la pared?

La salamandra espléndida se burla de las estufas eléctricas. Es justa en sus risas. Antes hacía frío y yo le decía: «Tiene usted que pintar un cuadro en que haya una hoguera. Todos nos pondremos alrededor del cuadro».

Sobre la mesa se engalgan cuatro botellas como cuatro candelabros o cuatro bolos con los que juegan nuestras miradas—¿podría haber dicho las bolas de nuestras miradas?...

Las vírgenes sonríen a nuestro alrededor y también le dan de cenar al niño, unas una manzana y otras la chirimoya de su seno. Los tíos góticos hacen sus gestos de tontos y de epilépticos retorcidos.

Los tres Solanas, don José—yo siempre le llamo don José—el gran pintor y escritor, Manuel, el que orienta la vida en aquella casa, y Miguel, el joven hermano que mira un poco receloso la gran dedicación al arte de los otros dos, están sentados en sus puestos comiendo aceitunas. Yo hablo queriendo despertar a las imágenes y arrojando de la habitación, gracias a mis gritos y mis efusiones, las sombras que se interponen.

—Debe usted pintar el espectro de la portera... Algo así.

—Sí, sí... Ahora hay que pintar y olvidarse de escribir una larga temporada... Tengo pensado un cuadro de figuras de cera y acabar algunos cuadros comenzados como el de esa procesión y el del Cristo de las enagiüllas.

—¿Por qué no pinta usted el Cristo de los calzoncillos sucios?

Solana sonrío como un frailazo de vista baja. Su cabeza llena de talento, le pesa demasiado. Esa es su fatalidad, porque ese talento es excitante, ávido, amigo de los alcoholes fuertes. No tiene más remedio.

Llegan las chuletas inmensas y yo como siempre le digo:

—¡Ya está aquí el gran bodegón debido al gran pincel de don José! ¡Esos pinceles son maravillosos!

En el comedor era menos impresionante la cena, pero era más íntima, con sus cuadros de comedor entre los que se destaca uno de Ortego en que un señor gordo con un sombrero de copa gordo, bajo un paraguas rojo nevado, lleva una pandereta y